



Neuroética. Determinismo contra libre albedrío

Med Int Méx. 2016 November;32(6):603-605.

Neuroethics. Determinism against free will.

Manuel Ramiro H¹, J Cruz A²

El 17 de julio de 1990 se considera la fecha de concepción del concepto “neuroética”, ya que ese día, George Bush, entonces presidente de Estados Unidos, declaró al decenio de 1990 como la “década del cerebro”.¹ Tal banderazo de salida dio como resultado grandes investigaciones, por supuesto con apoyo gubernamental, de las neurociencias, con grandes avances en neuroanatomía, neurofisiología, neurofarmacología, neuroembriología, ciencias del comportamiento, etcétera. El 13 y 14 de mayo de 2002 fue el nacimiento oficial de la neuroética, ya que en San Francisco, California, Estados Unidos, se realizó el congreso “Neuroética: esbozando un mapa del terreno”, en el que se dieron a conocer algunos resultados de los avances logrados durante la llamada “década del cerebro”.

Desde su origen, la neuroética nació bicéfala; por una parte, nació como “el estudio de las cuestiones éticas, legales y sociales derivadas de los avances de las neurociencias” y, por otra, como el desarrollo del conocimiento neurocientífico en nuestra comprensión de la ética misma; la primera acepción hace referencia a la *ética de la neurociencia*, es decir, el marco ético para las investigaciones y aplicación de las neurociencias y la segunda, mucho más ambiciosa, a la *neurociencia de la ética*, esto es, busca las bases neuronales del comportamiento moral y de la ética misma bajo una premisa: el comportamiento ético y moral tiene bases biológicas.¹

En términos históricos, la moral ha sido un problema al que aún no es posible dar respuesta, la filosofía moral ha sido la

¹ Editor de Medicina Interna de México.

² Del Grupo editorial de la Revista Médica del IMSS.

Correspondencia

Dr. Manuel Ramiro Hernández
manuel.ramiroh@gmail.com

Este artículo debe citarse como

Ramiro HM, Cruz AJ. Neuroética. Determinismo contra libre albedrío. Med Int Méx. 2016 nov;32(6):603-605.



disciplina encargada de estudiar tal deliberación entre lo bueno y lo malo, en tratar de definir el “bien” y “el bien moral” y tal análisis ha sido muy prolijo, desde Sócrates, en voz de Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Baruch Spinoza, Immanuel Kant, Karl Marx, John Stuart Mill, entre otros muchísimos filósofos, han hecho un amplio estudio de la filosofía moral, con algunas diferencias, pero también bastantes coincidencias que incluso podemos decir están expresadas en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948.

Sin embargo, para los estudiosos de las neurociencias hay otra coincidencia fundamental que da origen y razón de ser a la neuroética como disciplina: los juicios morales y las deliberaciones posibles al respecto fueron y serán hechas por un mismo órgano: el cerebro humano.

En poco más de 10 años de desarrollo de los estudios neurocientíficos acerca de la ética y de la moralidad podemos dividirlos en dos grandes vertientes: la primera incluye a los que intentaron hacer un mapeo de los sitios y las redes implicadas en los procesos éticos y morales y la segunda a las investigaciones acerca de la posibilidad de modificar, mediante intervención humana, el pensamiento y el comportamiento moral.²

En la primera vertiente de estudio, mediante técnicas de neuroimagen como electroencefalografía cuantitativa, magnetoencefalografía, resonancia magnética funcional, entre otras, se ha conseguido identificar que algunas regiones del hipocampo, amígdala, corteza ventromedial y dorsolateral están implicadas en la toma de decisiones morales; sin embargo, con poco éxito, porque sólo son regiones que se activan, no quiere decir que ahí se procese y se realice el juicio moral, ya que esas zonas también se han visto involucradas en situaciones de toma de decisiones que impliquen ganancias o pérdidas.³

Al no tener localizado lo que los científicos han denominado “núcleo moral” o el “fascículo ético”, afortunadamente, no ha avanzado la segunda vertiente, la de intentar modificar mediante intervenciones el comportamiento moral; sin embargo, la intención y la investigación aún siguen su curso, y proponen, por ejemplo, principios de intervención para “las transformaciones humanas”.⁴

Pero ¿existe realmente alguna base biológica del comportamiento moral?, sí es así ¿se buscaría y se encontraría? ¿Dónde se encuentra alojada la conciencia? ¿Veríamos a las ideas viajar a través del haz neuronal? Son preguntas que llevan más de 30 siglos sin respuesta, se propusieron teorías pero sólo son eso, teorías. Por ejemplo, Descartes ya había separado la mente del cuerpo con su famoso “*cogito ergo sum*” dotando de intangibilidad a la mente humana.⁵

El dilema acerca del determinismo biológico es bastante viejo y casi siempre ha salido perdiendo por múltiples razones, entre ellas que elimina una construcción teológica, social y cultural; la idea del “libre albedrío”, y con ello la idea de libertad, se vería aun más cuestionada de lo que ya está. Otro punto que quedaría sin uso ni razón de existir sería la responsabilidad: al estar determinado nuestro comportamiento biológicamente, los humanos no seríamos responsables de nuestros actos buenos y peor aún, de los malos, los que serían consecuencia de una enfermedad cerebral, un mal funcionamiento del aparato moral; con ello sería simplemente imposible la vida en sociedad.⁶

Mucho se ha tratado ya en los textos filosóficos. Kant postuló los imperativos categóricos que habrían de guiar la conducta moral, misma que, de acuerdo con estos imperativos, sería un triunfo de la razón (conciencia, mente, raciocinio) sobre los impulsos del hombre.



En la vida cotidiana muchas de nuestras elecciones morales, si no es que la mayor parte, son tomadas de manera utilitaria, a conveniencia, evitando un castigo o sanción, o por vernos favorecidos más adelante; el dicho popular “hoy por ti, mañana por mí” refleja mucha de esa conveniencia, de condicionalidad, quizá sea esa la razón por la que, hasta el momento, el intento de mapeo del “cerebro moral” se haya visto interferido por las vías relacionadas con la ganancia y las pérdidas; sin embargo, esta conveniencia ha sido ontológicamente necesaria, puesto que es la base de la solidaridad y el cuidado mutuo que ha sido requisito indispensable para la subsistencia de la especie humana.

Como todo en la vida, parte de este desarrollo también es histórico y la ciencia no se queda al margen de ello; por tanto, los marcos de referencia de las ciencias son las ciencias mismas y a medida que éstas avanzan, lo hacen las teorías: en el siglo XIX el conocimiento tecnocientífico era compartimental, entonces la “estructura del cerebro” era la del cerebro de Broca; en el siglo XXI predominan las redes informáticas, virtuales, por tanto, la búsqueda de la estructura del cerebro va en búsqueda de redes sinápticas y neuronales.

Sin embargo, no todo ha sido estéril, si bien no se ha encontrado lo que se buscaba, este tipo

de investigación de punta trae siempre consigo grandes avances, nuevos descubrimientos y grandes aplicaciones; por ejemplo, uno de ellos, del que no estoy seguro si es causa o efecto, es la aplicación de las ciencias de la complejidad, en este caso, en el estudio del cerebro humano.

Habrá que seguir de cerca los hallazgos de estas investigaciones y voltear a ver qué se hace en nuestro país, pero también debemos sentarnos a reflexionar un poco las grandes preguntas del hombre, será un ejercicio sumamente enriquecedor.⁷

REFERENCIAS

1. Cortina A. Neuroética y neopolítica, sugerencias para la educación moral. 3ª ed. Madrid: Tecnos, 2011.
2. Darragh M, Buniak L, Giordano J. A four part working bibliography of neuroethics: part 2-neuroscientific studies of morality and ethics. *Philos Ethics Humanit Med* 2015;10:1-22.
3. Young L, Dungan J. Where in the brain is morality? Everywhere and maybe nowhere. *Soc Neuroscience* 2012;7:1-10.
4. Shook J, Giordano J. Neuroethics beyond normal. *Cambridge Quarterly of Healthcare Ethics* 2016;25:121-140.
5. Descartes R. Discurso del método. Edición 25. Editorial Porrúa, colección sepan cuántos..., México, 2016.
6. Kant I. Crítica de la razón pura. 1ª ed. Buenos Aires: Losada, 2008.
7. Ramiro M. Neuroética. *Rev Med Inst Mex Seguro Soc* 2015;53:396-397.